

EDITORIAL

RESPONSABILIDAD ANTE LA FORMACION SOCIAL DE LAS JOVENES

Al principio del año en curso S. S. el Papa se dirigió en un discurso a las Religiosas Asistentes de la Juventud Femenina de Acción Católica Italiana. En la alocución abundan conceptos paternales y poéticamente revestidos que indican la preocupación en el Papa porque las Religiosas educadoras estén a tono con las exigencias de los tiempos. Habla el Papa del reconocimiento de la Iglesia por la cooperación al apostolado de parte de las religiosas, y confirma la confianza que en ellas ha puesto siempre, "tiernas madres de los miembros más delicados o más débiles de su cuerpo místico". La Iglesia cuenta con ellas como instrumentos específicos de que el sacerdote debe servirse para la recta formación de la juventud femenina. Pero esto entraña el que las religiosas hagan todos los esfuerzos para estar a la altura de su delicada misión, para "en estos tiempos de innegable desorientación, saberse ganar la estima y la confianza de las jóvenes, y ser por ellas escuchadas y seguidas"; así merecerán cada vez más el reconocimiento de la Iglesia.

Insiste el Papa en que la Iglesia ama profundamente a los Institutos de instrucción y de educación. "Nos apremia volverlo a decir a vosotras, a fin de que ninguna ponga en duda el carácter primario del trabajo que realizáis, y no piense que se pueda renunciar a él o dedicarle menos parte de vuestro tiempo y de

vuestras energías.” Luego la responsabilidad de las religiosas es muy grande. Han de saber hacer de su Instituto palestra viva de plena formación humana y cristiana, “donde el cristianismo es conocido, querido y vivido con ahinco y entusiasmo; donde la conciencia del deber, el sentido de la disciplina y de la exactitud, el sentimiento de la responsabilidad de los propios actos se formen cada día mejor...”. “¿Es siempre así, queridas hijas? ¿Salen las alumnas de vuestro Instituto completamente formadas en cristiano? ¿Están prontas, cada una en el campo que la Providencia le confiará, a prestar su trabajo para la reconstrucción del mundo, hoy en que todos desean, aun inconscientemente, que se reformen las estructuras para hacerle más habitable?... Preparar a las jóvenes para juzgar el mundo cristianamente, para verlo como de hecho es, para saber cómo debería ser, para obrar a fin de que sea conforme a la idea divina y se corresponda con el plano de Dios: he aquí objetivos prácticos para el Instituto Católico de Instrucción y de Educación.”

Serio cuestionario que obliga a un examen de conciencia. Creemos ver un deseo de dar respuesta afirmativa al Papa en lo acaecido en este verano: los cursillos estrictamente sociales para religiosas formadoras de juventudes femeninas, o cursillos en los cuales ha tenido cabida trascendental la asignatura de la doctrina social de la Iglesia. En la Crónica de esta misma Revista se alude a los múltiples cursillos de orientación social que, para sacerdotes y religiosos, se han celebrado en distintos puntos de España. No es novedad. Por eso fijamos el comentario en el significado de los cursos sociales para religiosas; los organizados por la CONFER, o por iniciativa privada de algún instituto religioso dedicado a la enseñanza, y en su tanto, el del Secretariado Nacional de Formación Profesional de la Iglesia, que juntó en Madrid, en agosto, 398 religiosas de 25 Ordenes distintas.

* * *

En manos de las religiosas está una buena parte de la juventud femenina española. No todo lo pueden hacer los educadores de fuera del hogar, es cierto; sobre todo si los educadores “de

dentro" no solamente no ayudan, sino que estorban la labor de los colegios.

En manos de los religiosos ha estado gran parte de la juventud española. ¿Se nota en los alumnos, junto a manifiestos frutos, ese sentido social tan necesario en estos tiempos, como reacción instintiva ante fealdades que deja patentes el incumplimiento de la justicia y la caridad social? Además de la dificultad de la labor en contra de los educadores de casa, hay terrenos bravíos resistentes a cualquier semilla buena que en ellos se quiera depositar; ingrato terreno de maleza y cardos que rebrotan entre el trigo, amenazando sofocarlo. Y está el enemigo malo sembrando a la continua cizaña entre la buena semilla. Y está el alma de la juventud siempre dispuesta a la novedad y a jugar inconsciente con el peligro. Y más adelante la tentación del dinero secará todo jugo benéfico. Pero supuesto todo esto, nos atrevemos a insistir ahora, cuando precisamente la preocupación es evidente.

Nadie deja de reconocer el cultivo de virtudes tan delicadas como la castidad, la caridad-limosna, la piedad jugosa, el sentido de vida familiar de costumbres cristianas que, entre otras cosas, aun en "tiempos de innegable desorientación" florece en vocaciones religiosas. ¿Se atendió con el mismo interés a la formación del sentido social?

Siempre impresionan más las sombras que la luz. Resaltan más los fallos que los aciertos, sobre todo si éstos se exigen obligatoriamente, como norma ordinaria. Pero en manos de religiosos han estado los futuros dirigentes de la sociedad, y sus esposas e hijas. ¿Han salido con conceptos claros sobre la propiedad, su sentido social, la elevación de los trabajadores, la dignidad de la persona humana, la limitación del negocio para que quede dentro de la moral, el gasto superfluo, el fin primordial de los bienes materiales, el sentido de familia agrandada tratándose de criados y sirvientas?

Con sinceridad, muchas veces, no. Y tal vez lo que Papini afirma de los ricos, de su pobreza, es decir del no ser amados sino servidos por interés, habría que aplicarlo a las señoras de

casa ante la escasez, la falta de cordial entrega y aun la falta de fidelidad por parte del servicio doméstico; lamento tardío, muchas veces, de no haberlas sabido comprender y tratar.

* * *

Estamos hechos a hablar y oír hablar de patronos, empresarios, comerciantes, responsables de la economía: los hombres, cargando la responsabilidad del problema social, sobre ellos. Pero hay defectos sociales que acusan la falta de presencia o de actividad ordenada de la mujer: gastos superfluos en las diversiones, fiestas de puestas de largo, vestidos de temporada, caprichos en casa (notamos este capítulo como pequeña muestra, porque quedamos impresionados al oír contar, y comentar, con escándalo casi, a un comerciante extranjero, los miles de pesetas que había gastado una dama española comprando vajilla de lujo; calidad y cantidad). ¿Se ha insistido, repetimos, en la desviación que esto supone ser, como se insiste y se hace llorar ante el confesonario por otra clase de faltas que afean el alma, porque matan en ella o son peligro para la gracia?

En la Semana Social española de Sevilla (1956) se reconoció por conferencistas y asambleístas la falta de sentido social en la sociedad española. Y se reconocía ser ésta una de las acusaciones más frecuentes en el extranjero; ya de antiguo, como por ejemplo, cuando quieren señalar las causas que nos llevaron a la guerra. Falta de sentido social que tiene muchas manifestaciones; entre otras el contraste de la pobreza en el mundo trabajador y el lujo de los ricos.

No todos los educados en colegios de religiosos son de la clase muy rica, la del abuso y el derroche a lo grande. Pero puede que, si todos los alumnos y alumnas hubieran salido con más sentido y espíritu social, sabrían ser censores certeros de abusos y defectos que requerían la repulsa, no la imitación a lo pequeño, o la envidiosa crítica de un defecto en el que se iba a caer tan pronto como hubiera posibilidad; con la limitación del dinero, no del criterio.

Se ha fallado en el sentido social. La legislación, si no cambia la mentalidad, puede resultar letra muerta; más aún, puede boicotearse con la crítica negativista o con el incumplimiento de normas que se señalan como obligatorias. En unos la responsabilidad y el defecto estará en el mal del silencio; en otros en la falta de cumplimiento de imposiciones de la justicia, legal y social, por lo menos; y en otros el soslayar la realización concreta de la imposición de esta virtud en las relaciones laborales y del servicio doméstico, y en la comunicación de bienes superfluos "que no quedan a merced del libre arbitrio, sino que deben emplearse atendiendo con ellos a la limosna, a la beneficencia y a la magnificencia" (Pío XI).

En la carta de la Secretaría de Estado de Su Santidad al Presidente de la XVI Semana Social española se dice: "El sentido social enseña a los individuos lo contrario del egoísmo. Les da conciencia de sus deberes de relación, les mueve a obrar teniendo en cuenta su pertenencia a una comunidad, les hace preocuparse del bien del prójimo y del bien común de la sociedad. Actúa la conciencia social del hombre, y, a manera de hábito virtuoso, le pone en condiciones de realizar fines que Dios y la sociedad esperan de él."

* * *

Ese sentido social se ha de formar ante todo en lo que debe ser su gran escuela: la familia. Más que nociones teóricas, han de aprender con el ejemplo los hijos a amar al pobre, al sirviente y a todos aquellos que tienen relación con sus bienes materiales. Deben aprender a estimar la dignidad de la persona humana por encima del dinero y la posición social; a dominarse ante caprichos y gastos inútiles, y más cuando hay necesidad en torno. Deben tener los ojos abiertos para saber de hogares pobres y niños que sufren hambre y privaciones, como freno a gastos superfluos e inútiles.

Y con la familia el colegio debe completar esta formación del sentido social con un criterio recto y permanente que se prolongue y actúe mucho más allá de los años de la formación

de la niñez y juventud. El P. General de la Compañía de Jesús, en una Instrucción sobre el Apostolado Social, insiste autorizadamente sobre este punto cuando dice: "Es necesario emparar a los jóvenes en los colegios en la verdadera caridad de Cristo cual se encuentra, aplicada a las condiciones modernas, en las encíclicas y documentos pontificios. No debe haber en los colegios distinción entre ricos y pobres, pues esto confirmaría en los niños los prejuicios que han bebido en sus hogares. Debe desterrarse en ellos el espíritu llamado "de casta" o de determinado orden social. Debe enseñárseles a reverenciar prácticamente al obrero, a mostrarse agradecidos con él, ya que es quien nos proporciona los bienes que necesitamos. Enséñese a los colegiales a no ambicionar la riqueza, sino a contentarse con tener con qué comer y con qué cubrirse, a tener hambre y sed de justicia, de aquella justicia que exige para todos los hombres el fruto íntegro de su trabajo, que exige una más equitativa distribución de los bienes temporales, una más abundante y universal participación en los bienes espirituales. Aprendan que todos los hombres merecen el título y amor de hermanos en Cristo, que a los que han recibido más bienes, más que el derecho de usar y abusar, según permitía la ley de los paganos, les incumbe el deber de emplearlos en provecho de la mayoría y aun, si es posible, de todos los hombres."

Para lograr este efecto no es menester recargar con nuevas asignaturas el programa, sino dar a todas un sentido social más intenso. Completado, como se viene realizando en varios colegios, con realidades que buscan el contacto de los pobres, metiendo por los ojos una lección que frenará las ansias de superfluidades y lujosos derroches. La mujer, si se lo propone, en lugar de ser obstáculo a veces para los buenos sentimientos del hombre, influirá como nadie en que su esposo o sus hijos mayores se dejen guiar por las normas de los Papas: evitando la solicitud excesiva por lo material, que lleva a la avaricia; desterrando la sed insaciable de riquezas y bienes temporales; no parapetándose tras engañosas objeciones para el cumplimiento de los deberes de la justicia; rompiendo los obstáculos de la conciencia que fácilmente se metaliza; haciendo luz en las inte-

ligencias para ver que no es lícito aumentar las ganancias sin límite de cualquier manera.

* * *

Si hemos señalado demasiadas cosas como para esperarlas de un cursillo de formación social para religiosas, sin duda ninguna que se da un primer paso eficaz contra la acusación, más o menos fundada, de la despreocupación social en los colegios; se hace luz en las inteligencias de los educadores y se hace sentir en su corazón el problema social tan agudamente planteado hoy día; las será más difícil prescindir, en la lección y en la charla de cada día, de aquello que constituye para ellas una preocupación; serán censores de conductas antisociales de las alumnas actuales o antiguas; y, aun contando con ese tanto por ciento de terreno resistente o abierto a todos los pasos de la novedad o fácil para la producción de plantas que sofocan la buena semilla, lograrán que en muchas de las alumnas la siembra continuada y bien cuidada rinda en un cien, en un sesenta, o por lo menos en un veinte o diez por ciento. Y el hombre, apoyado moralmente en una mujer así formada, sentirá mayores facilidades, con frecuencia aun impulsos, para proceder con rectitud, siguiendo las normas de la justicia y la caridad.

